

por siglos territorio romano. Amiano nada dice de esto y se limita á indicar que esta campaña ocurrieron varios sucesos.

No se ocultó al emperador que estas expediciones, aunque fuesen coronadas de victoria, no podían garantir una paz y tranquilidad constantes para la Galia, por cuya razón dedicó su celo á asegurar la frontera desde la Retia hasta el canal de la Mancha con obras defensivas muy considerables. Reforzó los campamentos atrincherados existentes, elevando las defensas de tierra, y lo mismo hizo con los castillos y atalayas, construyendo muchas de las últimas nuevas en toda la línea y á poca distancia unas de otras. Todas estas obras se hicieron, por supuesto en la orilla izquierda del Rhin, considerándose este río como frontera en lugar del antiguo cordón defensivo al otro lado, porque el autor dice expresamente: «Algunas obras construyó en la otra orilla penetrando de este modo en el territorio de los bárbaros.»

Este pasaje importante de Amiano evidencia que el emperador Valentiniano miraba también el Rhin como límite del imperio, y que la antigua política de defender las fronteras por medio de territorios avanzados estaba ya completamente abandonada. Aunque se construyeran ó renovaran algunas atalayas en puntos especialmente importantes en la orilla derecha, no tenía esto mas significación que la que tenían algunas torres ó castillos que solían antes construir los romanos mas allá del antiguo cordón militar.

Una de estas fortificaciones especialmente bien situada y muy alta, á orillas del Nekar, fué reconocida como expuesta á ser minada en su base por la corriente del río, por cuya razón resolvió el emperador desviar su curso para fortificar aquel punto con una estacada poderosa de roble, cuya obra fué encargada á ingenieros hidráulicos y ejecutada por un grandísimo número de soldados. Varias veces rompió al río la presa y se llevó las obras; pero al fin vencieron la perseverancia tenaz y apasionada del emperador y la paciencia y buena voluntad de los soldados que á menudo trabajaron con el agua hasta el cuello. Satisfecho del buen resultado, reunió otra vez las tropas que, atendido lo adelantado de la estación, estaban ya dispersadas en sus respectivos alojamientos, para construir á toda prisa todavía otra fortificación al otro lado del Rhin en el monte Piro, donde había un establecimiento de bárbaros, cuyo sitio se supone ocupa ahora la ciudad de Heidelberg. Encargó la dirección de estas á Arator, jefe militar superior (*dux*), y dió orden á Siagrius, su ministro secretario, y despues prefecto y cónsul, de velar por el pronto cumplimiento mientras en todas partes seguía la paz. En su consecuencia pasaron ambos, Arator y Siagrius, el río y llegaron al punto designado donde inmediatamente pusieron manos á la obra; pero cuando la tropa había ya cavado los cimientos fué reemplazado Arator por Hermógenes. Al propio tiempo presentáronse en el campamento varios notables alamanos, que tenían hijos en calidad de rehenes en poder de Roma y suplicaron de rodillas, que se renunciara á estas obras, como contrarias á los tratados celebrados con Valentiniano cuando hicieron la paz y que no la comprometiesen con su terquedad, indigna de Roma «que cabalmente debía su colosal fortuna á su acrisolada y nunca desmentida lealtad!» Es de presumir que los padres de los rehenes al ensalzar la lealtad de Roma hasta las estrellas tuviesen interiormente sus dudas y pensasen de otra manera.

De esta reclamación se desprende que el emperador debió de comprometerse á respetar el territorio de ciertas tribus, ó cuando menos á no construir obras defensivas mas allá de cierta distancia del río; y así es probable que el gobierno imperial cediese además de subsidios, donativos y regalos anuales también sucesivamente, y por tratado, territorios transrhinianos en especial en la tierra del Diezmo.

Esta suposición aclara muchas dudas; explica la conservación de las obras y de cierto grado de cultura romanos, en los territorios cedidos por tratado, así como la población de ojos y pelo negros que habita hoy todo el país desde Augsburgo y Regensburg y á lo largo del Rhin en su orilla derecha hasta el Danubio. Es una de las transiciones insensibles de la vida errante á la sedentaria y al derrame é invasión definitiva del elemento bárbaro en la Europa occidental y meridional; porque en la historia como en otros desarrollos no hay períodos exactamente separados y deslindados uno de otro.

Este establecimiento de germanos en territorio romano por medio de tratados con garantía de rehenes y reconocimiento de la soberanía romana empieza de consiguiente á verificarse en el siglo cuarto, y no solamente en las orillas romanas del Danubio, sino en las germánicas. La prisa con que se hacían las obras de fortificación por orden expresa del emperador, y el silencio de los autores romanos sobre las reclamaciones de los alamanos, confirman en cierto modo que allí había una violación del tratado, que por lo demás fué castigada esta vez radicalmente; porque apenas se hubo alejado la comisión de los nobles, despedida sin ser siquiera escuchada, cuando salió de detrás de los cerros cubiertos de bosque la hueste de los bárbaros escondida hasta entónces para aguardar la respuesta de los jefes romanos; y sorprendió de tal suerte á los soldados, que medio desnudos estaban atareados en el acarreo de tierras, que no se salvó ninguno; los alamanos los degollaron á todos, incluso los dos jefes, Arator que no había partido todavía, y su sucesor Hermógenes. El único que quedó para llevar tan fatal nueva al emperador fué Siagrius, que por el delito de no haber muerto también fué desterrado por el emperador en un arrebato de cólera.

Aquí tenemos un ejemplo de los hechos de que se lamentan los autores romanos, hablando de los bárbaros y en particular de los alamanos los cuales, dicen, abandonaban sus rehenes á su suerte cuando querían hacer una de sus incursiones. Solo que esta vez trataron primero de convencer á los romanos por medio de la persuasión y pudieron decir que era Roma la que infringía los tratados. Además, ignorante ó sabedora la comisión de los nobles del plan de los suyos, se pasó en el acto á los romanos para salvar así la vida de sus hijos en poder de Roma, y acaso también porque temió sucumbir con los romanos aislados en aquel ataque. No se sabe si el emperador se vengó en los rehenes, cosa poco probable por ser él quien había violado primero el tratado celebrado.

El imperio se iba desmoronando; en el mismo corazón de la Galia, provincia tan completamente romanizada, tomaban espantosas creces el bandolerismo y los secuestros de personas, aun de los funcionarios mas encopetados, como sucedió á un pariente del emperador.

En cambio había logrado el general Teodosio, perito en la guerra, restablecer la tranquilidad y la paz en las islas Británicas, víctima desgraciada de los pictos y escotos; y esto luchando con conspiraciones y traiciones de sus subordinados, los areanos, ó empleados de correo y exploradores oficiales del gobierno que estaban en inteligencia con los bárbaros, y en lugar de espiarlos, les comunicaban todos los movimientos de las fuerzas imperiales. A pesar de tantas contrariedades reconquistó Teodosio los territorios perdidos desde mucho tiempo y los aseguró construyendo y restaurando muchos fuertes, dando á esta comarca reincorporada en el imperio como quinta provincia, el nombre de *Valencia* en honor del emperador en el año 369.

Llamado Teodosio á la corte, fué acompañado gran trecho

por la población agradecida como demostración de su afecto sincero y bien merecido. Esta costumbre, antes general, era entonces mirada como una manifestación excepcional. Desde la corte le mandó Valentiniano á Africa á sofocar una rebelión peligrosa.

Entre los muchos bárbaros que asediaban el imperio y lo tenían en continua zozobra no quedaban rezagados los sajones, que soliviantados ya, efectuaban continuos desembarques con ferocidad nunca vista en puntos siempre diversos, que las fuerzas destinadas á la defensa de las costas jamás podía adivinar; de modo que despues de penetrar rápidamente en el interior, volvían cargados de botín á sus buques piratas antes que la tropa tuviese tiempo de saberlo y atacarlos. Una sola de estas hordas, y eso por una traición, pudo ser castigada el año siguiente, en el tercer consulado de los dos emperadores.

Viniendo de su país, situado probablemente al Este de las embocaduras del Rhin, habían desembarcado en la costa de Galia, señalando su paso con lagos de sangre. Opúsoseles Naneno, militar práctico y capaz, que mandaba allí cerca y había acudido á la primera noticia; el cual, despues de perder mucha gente y de ser herido él mismo, hubo de renunciar á luchar con los bárbaros que no apreciaban la vida en nada (*ad mortem destinata plebi congressus*); pero logró que el emperador enviara al general de infantería Severo con suficientes fuerzas á su auxilio.

Severo, muy perito, cercó á los bárbaros que aterrizados de verse cogidos y deslumbrados de las refulgentes enseñas guerreras y águilas romanas, pidieron clemencia.

Despues de mucho consultar y vacilar, creyóse conveniente y útil conceder lo que solicitaban los sajones con la condición de que todos sus hombres jóvenes fuesen alistados en las filas romanas cobrando prest como los demás mercenarios, y que el resto se pudiese retirar á su país sin ser molestado. Arregladas las cosas así, los sajones se aprestaron á marchar libres de todo cuidado, sin sospechar que los romanos habían dado orden á dos cuerpos de tropa de colocarse en emboscada en dos puntos por donde habían de pasar para acabar con ellos. Este plan no salió del todo como se había calculado, porque algunos individuos de la primera celada salieron prematuramente al oír la algarada de los sajones que se aproximaban, los cuales, conociendo la traición, se arrojaron sobre los romanos con su horripilante aullido bélico y los hicieron huir despues de una tenaz resistencia que les causó grandes pérdidas. Todos habían sido víctimas de la saña de los sajones sin el otro cuerpo compuesto de caballería acorazada que desde su celada oyó los alaridos y acudió á todo escape al auxilio de sus compañeros. Desde este momento, cercados los sajones, se hizo la lucha desesperada hasta que no quedó un solo bárbaro con vida para llevar la noticia á su país. A esto añade el narrador Amiano, por cierto uno de los mejores hombres de su tiempo: «Podrán llamar los hombres justicieros esta acción desleal y fea en sí, pero si consideran y pesan todas las circunstancias aprobarán que se haya aprovechado una ocasión favorable para aniquilar una horda de bandidos malvados.»

Al considerar tanta felonía bajo los gobiernos de Constantino, Juliano y Valentiniano, se siente uno tentado á ver en ella un síntoma de la rápida putrefacción de la sociedad romana, pero sería un error. La política de Tiberio había sido tan falaz como la de los emperadores citados; solo que estamos mejor informados de los sucesos comparativamente mas recientes que de los antiguos; por lo demás ya César había dado el ejemplo de esta manera de tratar á los germanos.

San Jerónimo, que murió en 30 de setiembre de 420,

coloca esta derrota de los sajones cerca de Deuso y en el año 374, y Casiodoro y á su imitación Orosio en el año 373. Estos dos autores designan el distrito de Toxandria, habitado por francos pero bajo la soberanía de Roma, como teatro de la batalla.

Despues de esto volvió el emperador á su plan de escarmentar á los alamanos y á su rey Macriano, que envalentados llevaban la desolación á todas partes teniendo al gobierno imperial en continuo movimiento. Esta raza indomable, que desde su primera aparición había recibido reveses, derrotas y tenido considerables pérdidas de gente, se había multiplicado siempre tan rápidamente que cualquiera habría dicho que desde siglos no había tenido que lamentar derrota alguna.

Semejantes enemigos que en cuatro siglos de guerra se renovaban tan vigorosamente, eran un peligro capaz de espantar á la soberbia Roma.

Bien meditado todo, decidióse el emperador á instigar á los borgoñones, pueblo guerrero y poderoso por el grandísimo número y continuo aumento de sus jóvenes deseosos de mostrar su valor, á que hiciesen la guerra á los alamanos. Con este objeto, y por medio de mensajeros de su confianza envió á los reyes borgoñones varias cartas en las cuales les excitaba á caer, en días designados con antelación, sobre los alamanos á fin de que él por su parte pudiera al propio tiempo pasar con sus tropas el Rhin para sorprenderlos en el momento en que espantados por el ataque súbito de los borgoñones retrocediesen. Escribía el emperador no al rey sino á los reyes de los borgoñones, porque estaban divididos como los pueblos francos y alamanos en varias tribus independientes, cada una con su rey particular. Un siglo despues estaban todos estos pueblos sometidos á un solo rey, ó divididos en varios reinos.

Las cartas y proposiciones del emperador romano encontraron excelente acogida entre los borgoñones, en primer lugar porque, según una fábula, muy válida entonces, sabían desde tiempo remoto que descendían del pueblo romano, y además porque tenían frecuentes contiendas con los alamanos por ciertas fronteras y fuentes salinas. Esta última razón confirma la suposición, que resulta ya de toda esta combinación política, de que los borgoñones eran vecinos de los alamanos por el Nordeste, porque estas fuentes no pueden ser sino las de Hall en el valle del Kocher en la Suabia. La primera razón es una fábula análoga á las que hacían descender los francos de Troya, y á los sajones de Macedonia. En el fondo podría venir toda esta buena inteligencia entre el imperio y los borgoñones por el hecho, muy posible, de haber vivido estos últimos bajo el dominio romano ó limitrofes á la misma, ó por haber servido como pueblo convenido y fronterizo bajo las águilas romanas contra otros bárbaros.

El hecho fué que enviaron huestes de gente escogida que atravesaron el territorio de los alamanos desde el Norte del Mein hasta el Rhin antes de que las legiones destinadas á apoyarlas estuviesen reunidas, por estar el emperador todavía ocupado en la construcción de fuertes; con lo cual produjeron el terror y el espanto entre los habitantes romanos de las comarcas fronterizas, que ignoraban la secreta inteligencia entre estos bárbaros y el gobierno imperial. El emperador por su parte no cumplió lo prometido quizás para dejar que peleasen los bárbaros entre sí, conforme conocieron muy pronto los borgoñones, los cuales, despues de aguardar cerca de la frontera algunos días inútilmente, porque ni Valentiniano compareció según lo tratado, ni cumplió con ninguna de las otras promesas que había hecho, enviaron una embajada á la corte y cuartel general del emperador solicitando

socorro en víveres y fuerza militar para volver á su país, y no ser víctimas de los alamanos enemigos que se habían situado á sus espaldas. Pronto conocieron por los rodeos y aplazamientos con que se les entretenía que eran víctimas de su buena fe y se retiraron disgustados y tristes, mataron en su cólera á todos los prisioneros que llevaban y que probablemente no serían solo alamanos que no tenían la culpa de la falacia imperial, sino principalmente romanos de los que antes tenían consigo.

A estos datos añade Amiano otros referentes á la organización social de los borgoñones, que corresponde á la de los otros pueblos germánicos del Norte; y con este motivo nos ha conservado dos vocablos del idioma borgoñon que son un verdadero tesoro lingüístico atendido lo poco que poseemos sobre este particular; es decir, el nombre de «hendino» con que designaban á sus jefes ó reyes que en considerable número habían tomado parte en la expedición, y el de «sinisto» que era el sacerdote principal entre ellos. Respecto de los primeros dice que el pueblo los destituía ó mas bien los mataba cuando sufría derrotas en sus empresas guerreras ó cuando sobrevinían hambres, malas cosechas ú otras calamidades á manera de los egipcios que también atribuían á sus reyes la culpa de las desgracias públicas. En cambio no tenía el sinisto ó sumo sacerdote ninguna responsabilidad; cosa contraria á lo que podría creerse á primera vista, pero muy de acuerdo con la poca importancia de la clase sacerdotal entre los germanos. Para estos el rey era el representante nato de su pueblo ante la divinidad, y como tal el único responsable y el único sacrificado para aplacar las iras de los dioses cuando por un crimen, acaso ignorado, se les suponía irritados contra el pueblo, el cual, según la creencia de todos los pueblos bárbaros, era responsable en general del crimen en los casos en que quedaba oculto. Por eso el pueblo ofrecía en holocausto y expiación á su jefe y representante nato; y por eso el sacerdote no tenía ninguna responsabilidad, ni podía expiar nada. Su influencia y poder estaban en la parte ejecutiva criminal, en el sostenimiento de la paz y el castigo de los infractores y que la turbaban allí donde se suponía á los dioses presentes, como en las asambleas populares que eran á la vez religiosas, en el ejército bajo el amparo del dios de la guerra, y de consiguiente en la ejecución de los castigos de muerte, de mutilación ú otros decretados en asamblea ó por el caudillo en campaña.

Los alamanos, ante la invasión de los borgoñones, se habían retirado al interior como hacían cuando eran inferiores en fuerzas, dividiéndose en varios grupos, y espionando el momento mas favorable para caer sobre el enemigo; pero mientras concentraban su atención por aquel lado, descuidaron el extremo opuesto ó sea la parte meridional y Sudoeste de su territorio. Este descuido debieron de esperar los romanos, porque Teodosio, entonces general de caballería, penetró en su país por el lado de la Retia, mató á muchos y se llevó los que pudo prisioneros. Estos fueron enviados por orden del emperador á Italia donde se les distribuyeron tierras en la llanura del Po para cultivarlas en calidad de colonos, y disminuir así su número en su país: operación que Roma había hecho ya de antiguo con muchos pueblos bárbaros, como los sicambros por ejemplo; solo que ahora ya no se trataba de poblar y cultivar comarcas fronterizas junto al Danubio ó el Rhin, sino las fértiles llanuras del Po en la Italia misma; tan grandes eran la despoblación y la falta de clase rural media.

Amiano habla también de atalayas que Valentiniano construyó para contener á los bárbaros, lo cual parece á este autor preferible á expulsarlos del país; de modo que puede suponerse que el emperador les abandonó ciertos territorios

que ocupaban con la condición de vivir sometidos al imperio.

Entre los caudillos alamanos había uno mas peligroso que los demás y que probablemente reunía bajo su mando varias tribus. En aquella época empezaba ya á observarse entre los germanos un movimiento de concentración ó tendencia á formar colectividades mas numerosas que antes. Este jefe era Macriano, que á pesar de su nombre latino, no había estado nunca en territorio de Roma; y que fué sometiendo á su autoridad mas y mas tribus de los suyos, hasta que creyó ya poder dirigir su mirada amenazadora á la frontera de la Galia. Para desembarazarse de tan inquieto vecino, quiso Valentiniano imitar á Juliano y apoderarse de su persona por sorpresa, como se había apoderado Juliano de la de Vadomaro; y para mayor gloria y mas seguridad del éxito, resolvió dar él mismo el golpe de mano con una fuerza poco numerosa á fin de que no fuese vista hasta el momento decisivo. El servicio de Roma atraía continuamente bárbaros de todas clases, individuos del pueblo bajo, así como caudillos y reyezuelos, de suerte que no tardó en saber el emperador por uno de estos que Macriano estaba tomando baños, por motivos de salud, en *Aque Mattiace*, hoy Wisbaden. Al momento pasó el emperador con su fuerza el Rhin por un puente de barcas dispuesto ya para ser colocado á cualquier momento; y cuando la pequeña vanguardia de infantería al mando de Severo llegó cerca de las célebres fuentes termales, hizo alto sigilosamente á fin de no ser vista y destrozada por el gran número de bárbaros. Por allí pasó en esta ocasión la tropa de juglares con sus esclavos de los cuales hablamos ya en la primera parte y que fueron muertos por los romanos á fin de que no divulgasen la noticia de su presencia en el país; pero á pesar de esta medida de precaución sangrienta no se obtuvo el efecto deseado. Reunida toda la expedición pasó allí la noche al aire libre, pudiendo á duras penas arreglar un abrigo con algunas mantas á manera de tienda para el emperador, y á la mañana siguiente volvieron todos á seguir la marcha, formando esta vez la vanguardia la caballería conducida por Teodosio. Todo habría salido bien á no ser por el ruido que hacían los soldados que, á despecho de las órdenes precisas de Valentiniano, no se abstuvieron de saquear é incendiar. Advertidos los alamanos de la proximidad de enemigos por el chisporroteo de las llamas y la discordante vocería de tanta gente, hicieron subir al rey en un carro, probablemente por estar imposibilitado, y se pusieron con él á salvo detrás de unos escabrosos cerros accesibles solo por contados senderos angostos y tortuosos. ¡Cuán grande era ya la indisciplina en el ejército romano cuando la presencia del emperador no lograba imponer obediencia en momentos tan críticos! Valentiniano hubo de contentarse con devastar el país en una extensión de 50 millas romanas y volverse á Tréveris, mohino como el león cuando se le ha escapado una presa.

El emperador creyó con todo haber intimidado á los alamanos lo bastante para imponer por rey á una de sus tribus, la de los bucinobantes, á un tal Fraomaro en lugar de Macriano; pero este no tardó en castigar á los rebeldes devastando toda su comarca completamente. Fraomaro huyó cerca del emperador que le trasladó á la Bretaña, dándole el mando de una numerosa sección de alamanos que se había hecho famosa por su comportamiento brillante en aquella tierra.

Había pasado el tiempo de Tiberio, y ni la influencia del nombre romano ni la política artera de sembrar la división entre los bárbaros al otro lado del Rhin surtían el efecto que al principio; pero esto no obstaba para que numerosos bárbaros solicitasen entrar al servicio de Roma, la cual natu-

ralmente los empleaba con preferencia contra otros bárbaros de diferente raza. Tan numerosos eran estos cuerpos, que no tardaron en ser mandados por sus reyes y caudillos propios; conforme sucedió con los alamanos Biterido y Hortari, á quienes Valentiniano nombró jefes de sección.

Este Hortari, que probablemente era el de la batalla de Estrasburgo, fué acusado despues por Florencio, capitán general (*dux*) de la Germania romana, de haber estado en correspondencia secreta con los enemigos del imperio. Macriano y demás notables de su pueblo, crimen que confesó en el tormento y fué sentenciado á la hoguera. Sin embargo, este hecho no disminuyó en nada la concurrencia de bárbaros al servicio de Roma, donde sobre todo los reyes tenían que pasar por traidores, por pocas simpatías que manifestasen hácia su pueblo.

La política ya antigua de Roma de desembarazarse de príncipes enemigos por el asesinato cuando no los podía vencer con armas legales, le costó á veces muy cara cuando el pueblo de la víctima estaba resuelto á vengarla, como sucedió con los cuados. Habían estado estos pueblos largo tiempo quietos, gracias á las victorias de Constancio y á sus hábiles disposiciones para separarlos de sus amigos los sármatas, y ganar algunas tribus sármatas á la causa de Roma. El asesinato de su rey Gabinio en 374 por orden de Marceliano, como luego veremos, despertó de repente al pueblo cuado de su vida pacífica, aunque no era ya tan poderoso y guerrero como antes cuando aliado con los marcomanos había puesto sitio á Aquileya, destruido á Opitergio y acometido otras muchísimas empresas sangrientas cuyo empuje costó al emperador Marco Aurelio gran trabajo resistir. «Motivo tenían ahora, dice Amiano, de quejarse y levantarse en son de guerra.»

Desde el principio de su reinado habíase aplicado Valentiniano con laudable, pero excesivo celo, según su historiador, á fortificar y aumentar las defensas de las fronteras del imperio, construyéndolas cuando la topografía del terreno lo exigía hasta dentro del territorio de los bárbaros, aun contra todos los convenios, como hemos visto en el caso de las obras en el país de los alamanos.

A medida que el imperio perdía fuerzas iba renunciando á las fortificaciones avanzadas en país enemigo y á la política ofensiva, reduciéndose á la defensa de su verdadera frontera, con lo cual solo había logrado provocar las grandes invasiones de los bárbaros en las provincias á mediados del siglo cuarto. Juliano las contuvo victoriosamente y el energético Valentiniano con sus construcciones de defensa hasta en territorio enemigo impidió por algún tiempo su repetición con tan buen éxito, que creyó poder continuar este sistema al otro lado del Danubio, y entre otros en el mismo país de los cuados, reconocido como tal desde muchos años. Al ver los cuados que los romanos construían nuevos campamentos fortificados en su propio país, se irritaron en gran manera de semejante violación de los tratados y procuraron oponerse haciendo representaciones por medio de embajadas y otras manifestaciones de descontento. El prefecto Maximino, hombre incapaz y como tal ambicioso, y engreído con su elevada posición, acogía todas las ocasiones para obtener para su joven hijo Marceliano el mando superior militar de la provincia de Valeria; y aprovechó las reclamaciones de los cuados para reprender por desobediencia y laxo á Equicio, entonces director de arsenales (*magister armorum*) de la provincia ilírica, y encargado de las obras de fortificación en aquella frontera. Con sus quejas al emperador logró su intento; su hijo fué nombrado para el puesto ambicionado y encargado de concluir aquellas obras que habían sido suspendidas para dejar tiempo á los cuados de reclamar. Mar-

celiano, el nuevo jefe militar, no hizo caso de reclamaciones y emprendió de nuevo las obras activándolas todo lo que pudo, sin siquiera tratar de calmar con buenas palabras la irritación de los cuados, que fueron arrojados de los distritos que ocupaban con el falso pretexto de que habían meditado planes de ataque al territorio romano. Presentósele el rey cuado Gabinio pidiendo en buenas formas el cumplimiento de tratados solemnes, y Marceliano, fingiendo ceder y aparentando gran amistad, le invitó con otros á un banquete y armándole una celada para cuando volviera á su alojamiento, le hizo asesinar con vil desprecio de la hospitalidad sagrada.

La noticia de esta acción execrable se extendió como el rayo por todo el país y exasperó á los cuados y sus vecinos, los cuales se levantaron todos, enviando en seguida huestes numerosas al otro lado del Danubio al territorio romano, donde nadie esperaba semejante desgracia, estando toda la población rural ocupada pacífica y confiadamente en la recolección. La mayor parte de los labradores fueron cruelmente degollados, y el resto con toda clase de ganado hubo de seguir á los cuados como botín de guerra. Poco faltó para que en estas circunstancias, además de tan horrible calamidad, el nombre romano recibiera una mancha indeleble con la captura de la hija del emperador Constancio, de edad de once años, y destinada para esposa de Graciano. Hallábase de tránsito para celebrar su boda en la quinta Pistrense, propiedad del Estado, que fué sorprendida por los cuados cuando ella y su comitiva estaban tranquilamente á la mesa. «Gracias á una divinidad benéfica, dice Amiano, pudo subirla el presidente de la provincia (rector) que estaba allí, en su carruaje oficial, ligero y veloz, y llevarla á escape á Sirmio, distante 26 millas de la quinta. Así se salvó esta princesa imperial del cautiverio entre los bárbaros que quizás habrían rehusado su rescate.»

Unidos otra vez cuados y sármatas, derramóse por el territorio romano, armando alegre algarada sobre las ruinas de las quintas y caseríos incendiados, llevándose los hombres, mujeres y ganados que podían, y degollando ó quemando los demás. El terror se extendió á todas partes, tanto que el mismo prefecto del pretorio de la provincia ilírica, Probo, que residía en Sirmio, no acostumbrado á las escenas de la guerra, se espantó de ver tantos horrores y quiso abandonar la ciudad. Tenía ya preparados los caballos necesarios para huir por la noche, cuando supo que tras él se marcharía también toda la población para ocultarse cada uno donde pudiera, y que la capital caería en manos del enemigo sin la menor defensa. Dominó, pues, su terror y se aplicó con gran actividad á poner la ciudad en buen estado de defensa para resistir al enemigo. Mandó limpiar los fosos llenos de escombros, y alzar las murallas casi derruidas hasta la altura de las torres de sitio, para lo cual aprovechó los materiales que desde larga fecha había en la plaza acopiados para la construcción de un teatro.

Es decir, que la fortaleza mas principal del imperio en la frontera del Danubio se hallaba tan descuidada, que los fosos estaban casi cegados y las murallas desmanteladas, mientras desde mucho tiempo sobraban fondos y materiales para un teatro! ¡Qué rasgo tan característico de la época!

A estos preparativos añadió á tiempo otra medida no menos acertada, que consistió en la llamada de una cohorte de arqueros del punto mas próximo, y así quedó levantada una barrera impenetrable para los bárbaros que por una parte carecían de los elementos necesarios para emprender un sitio en regla, y por otra llevaban demasiado botín consigo para entretenerse en tan difícil empresa. Renunciaron á ella, por lo tanto, y decidieron seguir la pista á Equicio, á quien